



Crónica Literaria

Por ALONE

"Presencia de Nido", memorias, por Juan Lorencini (Ed. Aconcagua). —

He aquí un libro extraordinario y fuera de serie. Tal vez, de época, son las memorias de un niño cuyo autor, ya maduro, lo sólo ama a su padre y a su madre y lo confiesa, más que los adora y venera como ejemplares. El comienza por Talca, su tierra, en la primera guerra mundial y se vino a Chile. Primero estuvo trabajando un tiempo cerca de Talca. Su esposa es de allá, de los Cerros de Talca, de Molina, de Quipnes. Pero el señor Lorencini no sólo ama a sus padres, también ama a sus hermanos y sus hermanas, muy numerosas, incluso a uno que llega al último ama, así como a sus tíos y sus tías, toda una colonia, al parecer tráfante, dotado de una conciencia y un esfuerzo irresistibles.

Siempre por esa familia, para la sombra de una discusión, cada uno tiene su carácter, a veces, muy singular; pero la vida entre ellos se asemeja a un cuento, parece un idilio.

Pero al leer al principio que va a abandonar mucho, "Los buenos sentimientos perdieron las malas obras" afirma Chile, que refleja las familias, las que el católico Maturana presenta en sus novelas con nidos de silencio: el mal es en ellos un elemento indispensable.

Pronto el lector, bastante sorprendido, empieza a desengañarse. No puede saltar el libro. Esa familia, esa conciencia, le contagia, le hacen respirar ritmos primarios, maravillosos. El señor Lorencini posee el don de interesar y su lectura permea por un aroma de sinceridad profunda. Vive deliciosamente en el campo hasta las consecuencias de sus sensaciones rústicas sin allí penetrando, en medio de gente altamente pictórica. Viene ese cura que compró un automóvil. Aunque no había sido camión sólo aprender a manejarlo. "Metido dentro del buey abotonado hasta el cuello, vacuando el grito tipo a vitolar y calado a las enormes gallas, se quedaba quieto, encaramado en el alto asiento de conductor, las manos enguantadas puestas sobre el enorme volante, mientras abajo el sacerdote daba vueltas a la manivela en rotundos intentos de hacer partir el motor. Cuando esto se logró, una vez hubiera terminado, se despojaba a gritos un amplio trecho de calle polvorienta y, con un grito de triunfo, el cura accionaba los pedales y el bípode. Nunca se encontró el padre José batido en el lugar de partida como suele ocurrir con algunos jinetes inexpertos. No, se le encontró un poco más distante cada vez y lo llama como a doscientos metros, sumergido entre el agua y los materiales de una zanja". El buen sentido le aconseja no insistir y "por la vía del desastre", el padre del señor Lorencini adquirió el carácter por un precio que fue provechosamente destinado a reparaciones que la vida parroquia necesitaba. Todo el pueblo salió ganando.

Terminas el tomo. Es el, de un optimismo que no puede ser otro si cuando el señor Lorencini, arrastrado por la crisis del año 36 (una cara llegó a valer dos pesos), rompió sus hijos y se vino a Santiago a trabajar, primero, un negocio en el barrio Yungay, cuando todo se le trabaron los negocios, otro en el barrio Matadero, allí, en medio de la sangre, crimenes, la bulla y el horror, puso una cafetería.

Todo había cambiado, como se comprendió, en torno al niño, desde la ab-

mentación, y en las frutas frescas comidas al pie del árbol, hasta el aspecto y los modales del muchachito aprendiz que ahora debía aferrar a una clientela suya y hasta dormir sobre el mostrador del negocio, abierto la semana entera, incluso domingos y festivos, porque era preciso responder.

No queriendo al poco convertirse, menos aun odiarlo, el señor Lorencini cuenta, como los países y los hombres se levantan después de una catástrofe.

Es esa serie.

Pero la indomable Era del rebelde arrasa con las dificultades a fuerza de orden, trabajo, economía y amor. Desde luego, el de su esposa que, en medio de las decendencias, no dejaba, en las noches, de tocar el piano y de cantar, el de sus hijos que desde su celda los correspondían estudiando y manteniendo la alegría y el buen humor. Pronto la cohesión del barrio los rodea, pese al ambiente, fuertemente sin quejarse los aleros de las casas nuevas, cubiertas, las bien como en Yungay aceptaban los que despidían los negocios. El señor Lorencini tiene los sentidos agudos y percibe sus matices. "Ciertas partes del barrio —pág. 85— eran a base de carbencillo, olores de estufas, verdaderas podridas y desechos alimentarios. De algunas negativas salían ahora gritos, como el pan recién mojado del horno, el humo y perfume de pasteles y confites y el de las sacudidas de trigo y de maíz. Cada comercio empezaba a dar características, como el de las mercaderías, las talabarterías y fruterías". Había mucho comercio ambulante, sobre todo en Matucana y las mesas eran veces que se cubrían con carpas. En el barrio Matadero la categoría familiar se ve claramente. "Un comprable afortunado podía en un frente común a aquellos de entre nosotros que pertenecíamos por derecho propio o por vocación imperceptible a una condición más reducida. Fue así como desde las comienzos me interesaba hacer de verdadera amistad con los hijos del destino, del barrio y en general de los descendientes de aquellos vecinos a los que el barrio sobre otorgaba el tratamiento de "Dios".

El señor Lorencini, costurero que se ignora o parece ignorarse, no hace literatura, hace vida. Su manera de escribir es memorial. "Nuestro negocio —pág. 88, barrio Matadero— tenía una clientela extraña mente seleccionada, porque venían hasta "del centro" a buscar los ricos piratas, queques, helados y para el mes de diciembre, el extraordinario "rol de mosas" que preparaba mi propio padre con helado y color latente... ¡Aquí la gramática le juega una pasada!... Pero los mejores clientes de nuestra pastelería eran indudablemente los militares que con su guardapolvo camuflado y fuertes de colores extraños, miraban brevemente, compraban y pagaban. De pocas palabras y a guisa del todo al regusto, pedían siempre lo mejor y lo más grande, y mientras se empacaba la mercadería, ellos echaban mano a los profundos helados para sacar enormes rodos de helados de todas clases, arrojados y manchados de azúcar, que iban comiendo en alta voz y depositando sobre la vitrina".

No es Manuel Rojas, Norberto Gervasio y tantos otros de nuestra literatura popular, aunque alguno tan superior a él en otros aspectos, descritos

esta sensación de humanidad acética, inmediata, esta vida verdadera reconfortante por la realidad que la envuena y el espíritu que la anima sin desviaciones ideológicas.

Ahora más allá el señor Lorencini algunas reflexiones de este corte moral, socioeconómico, casi político, para sus claros imparciales.

Una es muy certera: la propensión absorbente, enciclopédica de la educación religiosa que recibió en los Padres Agustinos, donde trabajó conscientemente con el Padre Escudero (p.p.), creó el pecado de la carne, que y desolado de la conciencia, convertido desproporcionadamente en culpa divina. Nuestra autor equilibra esa buena intención la balanza. "No optando —dice— como puede comportarse normalmente la juventud de nuestro tiempo, como no se multiplicaron nuestras facultades virtuales con la impotencia o las desviaciones, porque la verdad es que se practicaba una guerra a muerte, a sangría contra todo lo que respirara aire de sexo (pág. 198), de un principio vital en la conservación de la especie". Entendemos que en ese punto las nuevas corrientes han reaccionado hacia una libertad más oscura y comprensiva, la misma que el autor atribuye al señor Lorencini señala.

En otro punto su juicio se presta a discusiones. Le sobreviene la paradoja del explotador super productor que acreta al mar toneladas de trigo o de café para mantener los precios, en vez de regularizar a las poblaciones hambrientas de los desposeídos. Pasa ese oscilando superficial, un explotador no ve la ley del instinto de conservación, erral e imperiosa, que retiene para usar la producción, o una, morir, en beneficio de superpobladores que, empujados por la linces, si la agradecerán si la aprovecharán, embriagados, con el sacrificio de los más aptos a la ruina de todos.

Pero aquí se entra en un terreno complicado y el libro del señor Lorencini respica sencillos, infunde optimismo, se derrama en gracia amable y ruidos pictóricos y sobre todo, en un contagio ante a sus semejantes, no sólo a sus padres, hermanos, las tías y hasta la abuela que llegó de Italia, viejecita, vino a los árboles, los ríos, los montañas y sobre todo los aromas de la campiña casi con la misma fuerza que las flores del barrio Matadero, testamento eloquente de que cada cual tiene su mundo y lo crea a su imagen y semejanza.

El del señor Lorencini es uno de los mejores.

Una palabra sobre el mismo.

Puede no haber sido una gran obra para contar un viaje en automóvil desde Santiago hasta el Canadá. El libro se agotó rápidamente. Nuestros lectores hacia el Ecuador. El mismo reconoce que lo escribió por compromiso. En cambio, estas memorias de su infancia le brindan de adentro, las recuerdos en veinte días y que mucho entusiasmo. Pues bien, esa es la clave. Así es como deben hacer los libros, como los seres humanos, por tanto, no por otros razones. Cabe aplicarlo a ello la idea de una escritura, espontánea también y que no se crea tal. "Con que te levantas la cara —que siempre tan linda está— sólo hace con agua clara y Dios hace lo demás".

ALONE

Presencia de niño [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de niño [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile